



CONCURSO DE CUENTO

Antioquia
Reimaginada

• EDICIÓN 2021 •

comfama

Queremos seguir descubriendo
los relatos que reimaginan a
Antioquia ¿Y tú, qué historia
tienes para contar?



© 2022 Comfama

Comfama David Escobar Arango
Perla Toro Castaño
Paula Restrepo Duque
Camilo López Arroyave
Juan Manuel Restrepo Cadavid

**Consejo
Editorial** Juan Diego Mejía Mejía
Juan David Vélez Gómez
Juan Simón López Roldán

**Coordinación
editorial** Juan Diego Mejía Mejía

**Corrección
de estilo** Catalina Trujillo Urrego

**Coordinación
editorial e
impresión** Multigráficas S. A. S.
Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-958-5557-76-5
Impreso en Colombia

Comfama
www.comfama.com
Central de llamadas de Comfama 3607080
@comfama
@comfamaeducacionycultura

Todos los derechos reservados. Sin autorización expresa de los titulares, esta publicación no puede ser reproducida o difundida ni total ni parcialmente por ningún medio mecánico, fotoquímico, magnético, electro-óptico, o por cualquier otro medio actual o futuro.

CONCURSO DE CUENTO
ANTIOQUIA REIMAGINADA
2021



Contenido

Voces en el viento.....	7
Acta del jurado	9
Categoría infantil.....	15
<i>Primer puesto</i>	19
<i>Finalistas</i>	21
Categoría juvenil.....	29
<i>Primer puesto</i>	33
<i>Finalistas</i>	35
Categoría adulto	49
<i>Primer puesto</i>	53
<i>Finalistas</i>	55

Voces en el viento.

Antioquia Reimaginada es río, bosque, selva, valles y montañas. Palabra por palabra leemos los anhelos de quienes habitan el paisaje brillante y esperanzador de la región antioqueña. En este conjunto de relatos nos reconocemos desde el principio de los tiempos, cuando éramos tierra y agua y nadie transitaba en esta parte del Universo. Por eso nos parecen familiares los caminos narrados por los participantes del concurso. Tal vez esta es la razón por la que asistimos con tanto interés a los diálogos y a los pensamientos de los personajes. Y también podría ser la explicación de las historias que nos mueven los sentimientos y nos hacen llorar y gozar con el destino de los seres que le dan vida a este hermoso libro.

Quienes participaron en el concurso de relatos Antioquia Reimaginada nos contaron cómo está el corazón de nuestra sociedad rural. Y gracias a ellos supimos que hay dolores por la violencia. Los vivimos en la voz de quienes se narran como protagonistas y a la vez víctimas de la esquizofrenia social. También supimos que hay hambre en las montañas. Y que, al lado de los miedos a los grupos armados y a las fieras, hay otros miedos que se callan y llevan a silencios eternos. Allá, en la vereda lejana, se mece todavía el cuerpo del chico que no soportó el desprecio de su familia hacia su condición sexual. Y abajo, en el valle, sigue su curso el río que todo lo ha visto.

Es una oportunidad para vivir los sonidos de los pájaros, de las aguas que caen, los olores de la tierra, las sensaciones elementales que existen desde mucho antes de las ciudades y sus afanes. Antioquia Reimaginada es un capítulo de nuestra historia como sociedad. Por sus páginas soplan los vientos del pasado y los estragos del presente. Va nuestra gratitud a todas las personas que dejaron su marca en este concurso. A los participantes, a la escritora Velia Vidal, al escritor Ignacio Piedrahíta, al poeta Javier Naranjo, los tres jurados que midieron el afecto de las palabras que componen este libro. A quienes dictaron los talleres de motivación y formación en los municipios. A Comfama, que se declara entusiasta seguidora y soporte de la educación y la cultura. A ustedes, que leerán con esperanza este compendio de aventuras del alma.

Juan Diego Mejía Mejía

Acta del jurado

Luego de una lectura individual alegre y enriquecedora, de un viaje profundamente conmovedor por las historias de los concursantes, en el que sentimos las miradas sobre los diferentes paisajes naturales y sociales de la región, los jurados de la segunda edición de Antioquia Reimaginada nos encontramos en una agradable y comprometida sesión de deliberación, en la que además de elegir a los ganadores y los finalistas, conversamos sobre nuestras impresiones y la experiencia de navegar a través de textos tan diversos.

Cuentos, crónicas, miniensayos, en fin, los géneros se traslapaban y así lo entendimos y acogimos los tres jurados. Más allá de la calidad o no de lo escrito, encontramos un mosaico de historias que reflejaba a veces, en fértil mixtura con lo oral, nuestra manera de ser y de estar en los territorios. Historias de tradiciones que nos han construido, de violencias, de tristezas y alegrías. La cotidianidad en los pueblos, en las ciudades que creamos y nos recrean. Que entregan otras formas de vida y también abruman. La rica y exigente vida en las montañas. Todo lo que nos hace ser antioqueños, sin poses de raza, superioridad, ni afán de lucro por encima de todo y de todos. Ese ser antioqueño que muchos han asumido, defendido y propagado, no es lo que el concurso quiere enaltecer ni rescatar. Otro es el ser antioqueño que reflejan estas historias plenas de

fuerza, fragilidad también y entereza muchas de ellas. Otro es el ser antioqueño lejos de esos dañinos estereotipos, en estos relatos lo veremos. Es necesario y da alegría que, en palabras de su gente, Antioquia sea reimaginada.

En la categoría infantil dimos como ganador al cuento *Esos muertos pasan hasta bueno*. Es una historia que relata la vida más allá de la muerte, desde un espacio definido y un tiempo concreto. El cuento se desarrolla en Rionegro, en un momento de la historia en la que muertos ilustres como Juan del Corral están labrados en estatuas, y en el que el uso de la palabra «parcero» es parte de la cotidianidad. Esta realidad es pasajera y tiene un trasfondo existencial que se vive no solo en vida sino en muerte. Los personajes son los muertos que visitan dicha realidad, con un tratamiento en tono de comedia, que se consigue a través del lenguaje y de la mirada lúdica del narrador.

En la categoría juvenil, el ganador fue *Dos palabras*. Este cuento está narrado por el río Magdalena, en una personificación en tono poético. El recurso de narrar desde el río está muy bien manejado: primero se oculta, luego se sugiere y finalmente se revela al lector para que lo disfrute. Ese río narrador nos cuenta su historia vista a través de un personaje que va a visitarlo, en una fecha y hora definidas del año, al mismo tiempo que habla sobre sí mismo y cuenta su propia historia. Es un muy buen trabajo en el que los elementos naturales cobran vida en el mismo plano del ser humano.

En la categoría de los adultos, el ganador fue *Pintor de vereda*. Es la historia de cómo surgen las imágenes más fuertes y lejanas de un artista plástico que nació y creció en un lugar selvático.

En el marco de una situación inusual de reconocimiento foráneo como pintor en su vida adulta, sus recuerdos se van al momento infantil en el que el jaguar y la serpiente aparecen en su vida y la marcan con la muerte. Es el nacimiento de una batalla interior por la celebración de la vida a través del arte, a pesar de las circunstancias incontrolables de la existencia.

Consideramos que son tres cuentos que merecen el primer lugar por las virtudes expuestas y esperamos que este reconocimiento anime a sus autores a seguir escribiendo y reimaginando sus regiones.

Ignacio Piedrahíta

Javier Naranjo

Velia Vidal



Ganadores

CONCURSO
DE CUENTO



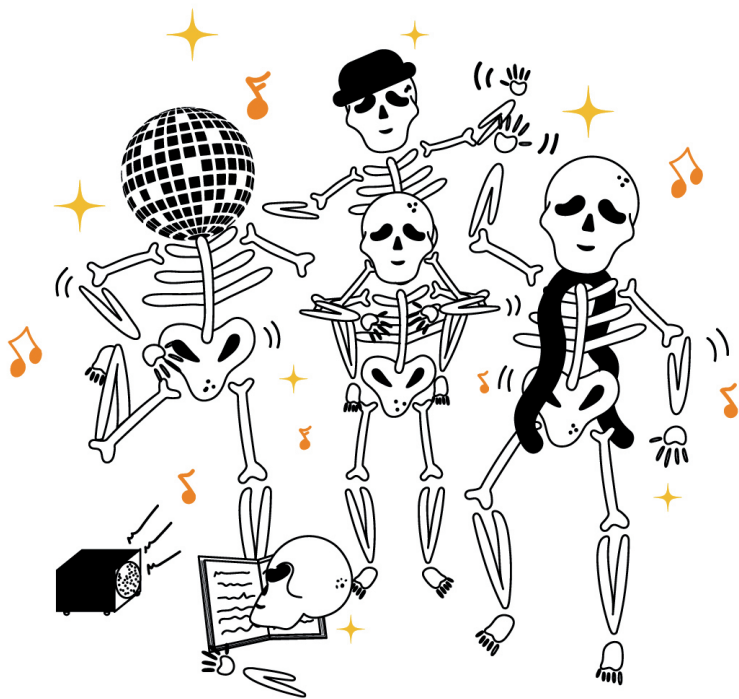
Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2021 •

Categoría infantil

Ilustración:
María José Gil Castaño



Primer puesto

N.º 1964

Título: Esos muertos pasan hasta bueno

Como si fueran personas normales, los muertos se levantan, aunque solo otros muertos los ven; salen de sus ataúdes, caminan, conversan se asolean y chismosean; bajan al parque y se sientan por ahí con un parcero a tertuliar. Esos muertos, aunque no los vemos, siempre están por ahí en cualquier parte del pueblo, bajan bien temprano a la catedral para estar en misa los domingos y hablan con Juan del Corral que allá en la parte de abajo siempre se mantiene (porque como ese casi no sale). Pero, además de eso, ellos siempre nos visitan para ver si estamos comiendo bien y, sobre todo, para cuidarnos. Aparte de todo eso, esos muertos son maldadosos, porque si alguien no les agrada, y está vivo todavía, de noche van y le jalan los pies, le abren las puertas. Es que, mejor dicho, no lo matan del susto porque les da pesar. Y en diciembre los muertos, pinchados esos todos, se van a ver alumbrados a todos los pueblitos que queden cerquita, y se quedan parrandeando casi hasta el otro día. Ah, y esos muertos gomelos, esos que tenían plata en vida, luego de morir se dieron cuenta de que después de la muerte el dinero no sirve, y todos en general aprendieron que hay que

disfrutar la vida porque es una sola y bien cortica, y después de morir, aunque se pase bueno, ya no es lo mismo que en vida. Pero a fin de cuentas para morir nacimos, no obstante, si de algo nos tenemos que morir, por algo tenemos que vivir.

Julián Giraldo Ríos, 12 años.

Rionegro, Oriente

Finalistas

N.º 476

Título: Marcos y el volcán

Esta historia trata de un niño llamado Marcos, de doce años, que estaba muy cansado de llegar de la escuela y se sentó en un morro alto que había en su casa para descansar. Cuando miró al horizonte y vio una montaña que en la punta estaba tan roja que puso las nubes de un color muy intenso igual al fuego. Entonces Marcos llamó a los papás y sorprendentemente creyeron que esa montaña no era una simple montaña, que era un volcán, y asustados llamaron a los vecinos y se fueron corriendo, pero Marcos estaba muy cansado y el volcán se hacía más rojo y entonces él no se dio por vencido y llegaron a la cima de la vereda y voltearon las cabezas hacia el horizonte y sorprendidos con las bocas abiertas se dieron cuenta de que eso no era un volcán, era una montaña que encima tenía un hermoso y espectacular atardecer que invadía todo el valle de la vereda San Matías, y tranquilos se devolvieron a sus casas felices para toda la vida. FIN

Alejandro Jaramillo Ceballos, 8 años.

El Santuario, Oriente

N.º 646

Título: La música para Juan

Había una vez, un niño llamado Juan David Mosquera, él era un niño que odiaba la música con todo su ser: su familia no comprendía ese odio a algo tan hermoso, pero la razón por la que no le gustaba era porque su padre fue un músico asesinado en las guerras de Urabá. Entonces su familia buscó la forma de que Juan amara de nuevo la música; su madre lo inscribió a una clase musical para que él aprendiera a tocarla, para que se enamorara de ella y se diera cuenta de lo hermoso que es cuando dejas que la música entre en ti. Así que Juan olvidó su odio y tocaba música, y así fue como la música iluminó su corazón. Fin.

María Camila Elguedo González, 13 años.

Apartadó, Urabá

N.º 1069

Título: Parece que va a llover

Parece que va a llover, es un día nublado, el cielo nos indica que se avecina una gran tempestad, que regará los cultivos y hará florecer nuestros campos, que hará que las gallinas busquen refugio en el corredor, que los perros vuelvan a casa para sentir el calor de hogar, que los gatos se acurruquen junto al fogón, que los niños quieran salir a chapotear en los charcos cuando la lluvia cese... ¡Y si cae granizo! Si cae granizo, las gallinas querrán probarlo pensando que es otra variedad de su preciado grano: el maíz, los niños querrán correr a jugar con él, ¡pero los adultos!, los adultos estarán preocupados porque este arruine sus cultivos aún pequeños... Luego, la lluvia, el granizo, la tormenta, cesarán y abrirán paso a un hermoso día y nos sentiremos dichosos de ver cómo los campos y las montañas amanecen verdes, ¡más verdes que nunca!, llenos de vida y esperanza. ¡Entonces, las gallinas saldrán a su misión de encontrar las lombrices más succulentas, los perros saldrán a conquistar con su ternura y noble compañía, los gatos saldrán a explorar minuciosamente la vereda y los niños saldrán en busca del conocimiento que los elevará a ser lo que quieran ser!

Ximena Alcaraz García, 11 años.

Santa Fe de Antioquia, Occidente

N.º 1190

Título: Mi casa de ensueño

Hola, mi nombre es Ángel y les voy a contar dónde vivo. Cuando abro los ojos el sol está rozando mi cara por la ventana, los árboles me hacen sentir una alegría inmensa porque los pajaritos cantan, vuelan y brincan en sus ramas. También escucho a las aguilillas bebés pedirles comida a sus padres. Cuando salgo al corredor de mi casa el perro «coronel» me saluda moviendo su colita negra y medio cortica, parece que sonrío porque se ve muy feliz. Las gallinas cacarean porque ya pusieron su huevito y voy al nido para cogerlos y llevarlos a mi abuela para que los haga revueltos con cebolla y tomate que saben muy ricos con arepa y chocolate. Mi abuela me dice que me coma todo el desayuno para que crezca fuerte y me ponga bien bonita. Cuando termino mi desayuno salgo al patio y miro el árbol llenito de mangos verdes y maduros, recojo los más maduros para que mi abuela nos haga unos mangos calados para comerlos con leche que compramos en la finca de enfrente de mi casa. En mi casa también tenemos árboles de mamoncillo, mamá me dice que tenga mucho cuidado cuando como mamoncillo, porque la pepa se me puede ir por la garganta y me puedo ahogar, ya que son unas bolitas muy ricas para chupar. Mi abuela me manda a recoger los tamarindos que han caído del árbol para hacer una bebida que se llama «tamarindada», que la hacen con panela, agua y tamarindo. Donde vivo hace mucho calor, por eso me voy a jugar en un pequeño arroyuelo que pasa por la huerta del patio de la casa de mi abuela. Allí los renacuajos nadan y nadan

y no se dejan coger, también escucho cantar las chicharras, sus cantos son fuertes y prolongados y me parece muy curioso que encuentre caparazones de chicharras con la espalda abierta, mi madre dice que cambiaron de caparazón porque se reventaron por sus cantos. A mí me gusta coger a las libélulas porque me parecen helicópteros, les amarro la colita con hilo y los suelto a volar como una cometa, pero no les hago daño, les quito el hilo y los dejo ir. Jugar acá es muy divertido porque me encuentro con muchos animalitos, algunos huyen cuando me ven, como las lagartijas, las hormigas, pero yo no les hago daño, los gatos de mi abuela sí persiguen a los pajaritos, yo se los ahuyento para que a los pajaritos no se los coman esos gatos que son los consentidos de mi abuela. Cuando se está poniendo de noche los sapos cantan muy duro y las chicharras ya no cantan, no sé por qué, ¡será que se van a dormir! Vivir acá en Sopetrán con mi mamá, mi abuela y mi abuelo es lo mejor que me ha pasado. Yo quiero mucho a mis abuelos y amo mucho a mi mamá. Solo le pido a Diosito que nunca cambie mi tierra y nunca falte mi amada mamá.

Ángel Londoño Mazo, 10 años.

Sopetrán, Occidente

N.º 1635

Título: Las aventuras de un tigrillo

Una mañana con sol radiante, unos tigrillos buscaban comida entre la selva, jugaban y reían como solían hacerlo en ese bello paraje de Riosucio, Chocó, con árboles frondosos llenos de frutas, vegetación diversa, abundante agua, ríos, lagos y quebradas. De repente se escuchó el ruido de un motor, era normal, cada vez más se acostumbraban a ver a los habitantes de la zona que iban a pescar, sembrar y a recoger sus cosechas, pero también con mayor frecuencia llegaban unas personas que se llevaban a los animales y nunca más los volvían a ver. ¡Qué susto! Unos se escondieron entre arbustos, otros lograron escabullirse entre la maleza y fueron a casa. Con respiración acelerada, escuchaban cada vez más cerca los pasos y unas voces que decían: «rodeen ese matorral», «ahí se metieron». Y ahí estaba el tigrillo con su hermano menor y unos amiguitos, cuando de repente su hermano y él resultaron envueltos en una oscuridad, les costó unos segundos entender y actuar, el hermano tigrillo lloraba y gritaba: «¡¡¡Sácame de aquí!!! ¡¡¡No dejes que me lleven!!!». El tigrillo hizo todo lo que pudo con sus garras y dientes, logró abrir un espacio entre esa sombra oscura y el suelo lleno de hojarasca. El tigrillo empujó a su hermanito y amigos, mientras les gritaba: «Corre, corre, ve a casa». El tigrillo luchaba para soltarse de esa malla oscura que parecía una telaraña; esfuerzos que no fueron suficientes. Lo presionaron fuerte, lo metieron en una especie de canasto y lo subieron a un bote. Adolorido, más por no saber de la suerte

del hermano y los amigos que por los apretujones, pasó rápidamente por su mente los consejos y las prevenciones de su madre y padre: «Manténgase lejos de los humanos que no son de aquí». Al pasar las horas, el calor subía y el movimiento del bote también, el tigrillo no entendía qué estaba pasando, para él era normal el agua, las corrientes de los ríos, pero había un aroma en el ambiente diferente y movimientos desconocidos en el agua. Miró a su lado, vio que también llevaban otras especies: tortugas, pescados, cangrejos y camarones, estos ya iban muertos, excepto las tortugas y un perezoso que parecía congelar el tiempo entre cada pestañeo, este iba en total silencio. El tigrillo aprovechó el descuido de las personas, abrió un hueco en el canasto y saltó al agua; de repente vio que el bote daba la vuelta; miró a todos lados, no había hacia dónde escapar, agua por toda parte. Su libertad parecía esfumarse de nuevo, con esfuerzo nadó y se agarró de un viejo tronco. Luego de un largo viaje bajo sol y agua, las olas lo arrojaron a una playa desconocida, una gaviota más tarde le dijo que ese lugar se llamaba Necoclí, después apareció un perro con su dueño, lo rescataron y lo ayudaron a volver a su hábitat. De regreso, el tigrillo se puso alegre al estar de nuevo en su lugar de origen y con su familia.

Julián Araújo Torres, 10 años.

Apartadó, Urabá

Categoría juvenil

Ilustración:
Carolina Venegas Rivas



Primer puesto

N.º 2064

Título: Dos palabras

Cómo puede ser posible estar y no pertenecer, ver y no ser visto, vivir siempre al otro lado del cristal, siendo testigo de cómo se mueve el mundo, pero sin poder hacer nada para que en medio de ese ajeteo la gente entienda que soy quien ha hecho posible todo el contexto en el cuál viven. Siempre he madrugado a ver las lanchas y a los pescadores, las atarrayas y los anzuelos, el amanecer y el atardecer que se pierden en el horizonte. Siempre he estado aquí, te he visto cuando vienes a lanzar tus plegarias, cuando te sientas a contemplar todo menos a mí, cuando escribías esos poemas que ella jamás leyó. Fluyo y te veo, te veo llorar cada 26 de noviembre exactamente a las 5:56 p. m. Como ves, sé de fechas, horas y momentos, sé de encuentros y desencuentros, sé de la vida y de la muerte porque las he dado y las he recibido. Soy inspiración de versos, canciones, pinturas, mitos y leyendas. Soy historia entrelazada con el recuerdo vivo de un pasado triste. Soy cementerio improvisado, culpable de fúnebres despedidas. Soy la sangre de tus venas, las venas de un país. Un país que no puedo odiar incluso escuchando cómo miles de corazones rotos me maldecían, cómo sus lágrimas se mezclaban con mis aguas. Las súplicas de gente inocente que

jamás mereció sufrir de esa manera. Cómo olvidar las botas negras y los fusiles en la espalda, los disparos a medianoche, a mediodía, a cualquier hora... Nunca terminaría de contarte todo lo que soy y lo que represento, todo lo que vi y viví en los mejores y peores años de Colombia, por si no te has dado cuenta, soy el río, soy el Magdalena; dos palabras que unidas se convierten en emblema. Siempre he estado aquí, aunque tú no me veas, o aunque no me quieras ver. No me basta con que veas la superficie, no me basta con que sepas que existo, quiero que sepas que soy más que agua fluyendo sobre piedras; yo soy historia, yo soy tu historia.

Leidy Lorena Ochoa Rincón, 16 años.

Maceo, Magdalena Medio

Finalistas

N.º 40

Título: Sin tiempo para ladrar, sin tiempo para vivir

Fernando era un chico generoso y de un corazón enorme, de esos corazones que en estos tiempos escasean, pues en ellos solo hay espacio para el amor, sin lugar para prejuicios impuestos por una sociedad sometida a cumplir estándares y llena de doble moral. Fernando amaba la naturaleza, disfrutaba cada cosa que ella le regala, al salir de su trabajo prefería caminar que llegar en algún vehículo, decía que al caminar por senderos rodeados de árboles y de aves hacía que este vínculo con ellos creciera y se fortaleciera más. Un día, al regresar del trabajo, como de costumbre caminaba despacio para llegar a casa, pero para sorpresa de él hubo algo que lo obligó a parar; se frotaba los ojos, creía que de seguro su cansancio agotador le estaba jugando una mala pasada, pero no, cerró y abrió los ojos varias veces, luego se agachó y pudo tocarlos, eran un par de cachorritos de escasos cinco días de haber nacido, estaban abandonados en medio de aquel sendero. Fernando no podía creer cuan indolente era el corazón de algunas personas, ser capaces de dejar estas criaturitas indefensas a su suerte, sin el más mínimo remordimiento, las miro nuevamente y sin pensarlo dos veces los tomó, los envolvió en su saco y se los llevó a casa. Al llegar a casa fue mayor su sorpresa al ver la manera tan inhumana como su

familia recibió la noticia de los perritos: que no había espacio, que eran una carga gigante, que eran cochinos... en fin, un sinnúmero de reproches. Aun así, Fernando no tuvo corazón para deshacerse de ellos y tomó la decisión de que él solo se haría responsable. Y así fue. Les organizó un lugar en su habitación, compro alimento y todos los días se encargaba de ellos con el amor más grande del mundo. Los llamó Toby y Bruno. Pero no toda era tan fácil para Fernando, cargaba consigo un secreto hacía mucho tiempo y sentía que cada día que pasaba, al conocer más a su familia, tenía menos posibilidades de contarlo, por eso sus perros se habían convertido en sus mejores aliados, se escapaba con ellos, les hablaba y contaba su secreto varias veces, ellos lo miraban y escuchaban como si lo entendiesen, con sus ladridos le indicaban que sí. Esta era su manera de apoyarlo y así lo entendía él. ¡Estos eran los momentos en los que él podía sentirse bien, en toda su esencia y con total libertad! Un día Fernando decidió contar a su familia el secreto, y les manifestó que era gay, pero a cambio de esto, recibió el rechazo total, incluso fue expulsado de su casa y obligado a vivir en el monte. Sin embargo, un día, cansado de todo, entró a su casa en compañía de sus perros y terminó colgándose de una cuerda ante la mirada inocente de estos, quienes hasta la fecha aún esperan el regreso de Fernando en la casita que construyó en el monte en una vereda del municipio de Heliconia, Antioquia.

Brayan Ramírez Guerrero, 15 años.
Guarne, Oriente

N.º 517

Título: El sufrimiento del alma

De bruces en la tierra fría, en medio de la húmeda selva, en medio de los matorrales, con el viento resoplando entre los inmensos árboles que nos rodeaban, ahí estaba yo con el fusil entre mi pecho mientras lo sujetaba tembloroso con la idea de que en cualquier momento podría morir en el fuego cruzado, imaginando en aquel día en que podría abandonar las filas y reincorporarme en el seno de mi familia, junto a mi madre, mis hermanos menores. Con gran tristeza recuerdo los gritos y las lágrimas de mi madre al ver cómo yo era arrebatado de su lado, el ser que había llevado nueve meses en su vientre, el que tomo leche de su pecho, la causa de su alegría, el que había visto crecer, el que limpió sus raspaduras y con gran amor preparaba deliciosa comida. Aun lloro al recordar a mi mamá yaciendo en el suelo a causa del dolor de perder a un hijo. Viene el ocaso, llega la fría y despiadada noche, cuando las horas se hacen eternas. Comparto con personas que nunca en mi vida había pensado en conocer, personas que matan con sevicia, hombres de la peor calaña. Pero ¿quién pidió estar aquí? Sin duda alguna, la prueba más dura de mi vida. Solo le pido a Dios que tenga misericordia de mi madre que debe estar acongojada por el hecho de haberme perdido, y que se acuerde de mí, quien añora volver a encontrarse con ella. Ya han pasado dos años, ahora tengo dieciocho, pero aún guardo la esperanza de que esta guerra, que parece ser interminable, acabe de una vez por todas y

yo pueda regresar a mi humilde hogar al lado de los míos. Y que este sufrimiento que desgarrar mi alma también termine.

María Camila Villa Palacios, 16 años.

Apartadó, Urabá

N.º 790

Título: El día que le dispararon a Samuel

El día que le dispararon a Samuel nadie lloró. En parte porque todos estábamos demasiado ocupados corriendo y luego esparciendo la noticia; y en parte porque, ¿qué razón había para llorar? Todos lo veían venir, a pesar de que Samuel apenas tenía trece años. El pequeño Samuel, sin mamá y sin papá, empezó a robar para poder comer desde que tenía siete años; en el barrio advertían no dejar cosas por ahí tiradas cuando Samuel se acercaba porque seguro les iba a echar mano. El pequeño Samuel, no solo en edad, sino en tamaño, es pequeño por la desnutrición. Había días que comía y comía lo que sacaba de un kiosco, pero aun así sus costillas seguían notándose mórbidamente, su altura no aumentaba, sempiterno un niño, aunque a la edad en la que un niño debía estar jugando con carritos él ya era dueño de una navaja y ya conocía el olor del pegante. No sé si llamarlo un amigo. Ambos estábamos en más o menos una situación similar, pero decidí combatirla leyendo y estudiando, y él no tuvo otra opción que sumergirse en sus circunstancias. Al menos yo tenía una familia que me quería, pero Samuel no tenía a nadie, incluso la gente del barrio no lo veía cómo una persona, sino cómo un problema. Aun así, Samuel no era tan malo: de vez en cuando le daba un no sé qué y repartía lo que se robaba entre los niños del barrio, una especie de Robin Hood de pueblo. Yo nunca le recibí nada, pero no me quejaba cuando les daba a mis hermanos, ¿por qué me quejaría de que de vez en cuando pudieran ser alimentados? Tampoco me quejé

las veces que me defendió de la gente de otros barrios. No sé qué tenía él que los espantaba, pero las veces que sin querer crucé las fronteras invisibles y a raíz de eso me volví un objetivo, Samuel se metió antes de que pudieran hacer cualquier cosa, a punta de navaja impidió que me hicieran cosas peores, aunque él tampoco salió ileso. Recuerdo que una vez le dieron una puñalada en la pierna y yo, demasiado culpable cómo para dejarlo ahí tirado pero demasiado cobarde para llevarlo y atenderlo en mi casa, lo arrastré hasta el barrio, le hice una especie de torniquete con mi camisa y me fui. No sabía qué le había pasado al final, pero Samuel apareció a los días, tan pequeño como siempre. Esta vez no fue así. El día que le dispararon a Samuel se murió de verdad, y nadie lo lloró, todos se lo veían venir y a nadie le importaba lo suficiente. No lo veían como a un niño ya —aunque lo era—; sólo un ladrón, un desadaptado social. Samuel, cuya vida probablemente valía menos para la gente que la pistola que lo terminó matando, no tuvo un funeral decente y a nadie le importó. Nadie lo lloró, excepto yo en secreto, lamentando que Samuel haya nacido para perder.

Valeria Espinal Alcaraz, 17 años.

Apartadó, Urabá

N.º 1146

Título: Relatos de la abuela

En los años ochenta, llega la familia de mi abuela materna a Urabá, exactamente al municipio de Chigorodó, Antioquia, provenientes de Cisneros, Antioquia. Mi abuela, en aquel entonces, consiguió empleo en una finca bananera llamada Las Tres Empacadoras, en la comunal el 10, vía que conduce a Zungo, embarcadero por donde sacan el banano de nuestra hermosa región para su exportación al extranjero. Mi abuela empezó a trabajar como secretaria de la finca, todos vivían en la finca, a las viviendas se les llamaban campamentos, cerca de donde se realizaba el proceso de embarcación del banano de la empacadora. Al pasar el tiempo, mi abuela conoce a William Mendoza, mi abuelo; él empieza a cortejarla. Mi abuela, Eugenia Londoño, no quería tener nada con él, ya que ella venía de una decepción amorosa. Me cuenta la abuela que mi abuelo empezó a enamorarla, a ser detallista con ella hasta que conquistó su corazón, terminaron enamorándose, viviendo juntos en unos de los campamentos de la finca. Al pasar el tiempo, mi abuela queda embarazada de su primera hija mujer, Katerine Mendoza, mi mamá. Cuenta la abuela que todos en la finca tenían que ver con esa tierna y hermosa niña; era querida por todos en la finca. En 1986, luego del nacimiento de Katerine, llegaban a la finca hombres fuertemente armados a levantar a las personas de sus campamentos para asesinarlas; no respetaban que hubiera mujeres, niños y ancianos, a todos los sacaban sin compasión alguna. La abuela nos cuenta que cuando esta-

ban durmiendo y de repente se iba la energía eléctrica producida por la planta eléctrica que tenían en la finca, se sentía la muerte rondando, y tan solo se quedaban esperando a escuchar los disparos y, lastimosamente, solo podían saber a quién habían asesinado a la mañana siguiente. Nadie se atrevía a salir de su casa. Muy triste. De ahí en adelante empezó la violencia en las fincas bananeras, masacres y desplazamiento; fue mucha gente a la que asesinaron en la finca Las Tres Empacadoras. A mi abuela la iban a matar justamente el día del bautizo de su hija Katerine. Nos cuenta que iba caminando por la carretera a coger el transporte para llegar al municipio de Carepa cuando salieron hombres de la bananera y le preguntaron a mi abuela: «¿Quién es Eugenia?, ¿dónde está Eugenia?». Mi abuela no sabe de dónde sacó el valor y les contestó a los malhechores: «Eugenia está allá en la finca». Ellos salieron en busca de mi abuela para matarla. La abuela se salvó porque Dios así lo quiso y porque esos malhechores no la conocían. El abuelo hizo la mudanza y la abuela hasta el sol de hoy jamás volvió por la finca.

Mateo Ospina Mendoza, 14 años.

Apartadó, Urabá

N.º 1224

Título: Herencia

Mi abuelo siempre llevaba la misma ruana, no se la quitaba ni para dormir. Su color era dudoso, su olor tampoco agradaba. ¿Cómo podía cargar la misma prenda siempre? ¿Acaso dejar de usarla por algunas semanas le quitaría su valor, a mi parecer solo sentimental? Pero la historia de esa ruana era lo que más me sorprendía y preocupaba, pues ese viejo y feo pedazo de tela había pasado por tres generaciones, el padre de mi abuelo tenía el mismo hábito, igual su padre. Ahora me tocaba a mí. ¡Era terrible! En mi familia creían que nuestro progreso se debía a la dichosa ruana. Un día unas personas de no sé dónde, una especie de gitanos, hechiceros o lo que fueran, se toparon con mi tatarabuelo en la plaza, dijeron saber el secreto para el éxito y la prosperidad. Él era joven, aún no tenía posesiones, así que esas aseguraciones lo llenaron de entusiasmo. Para la revelación del gran secreto, mi tatarabuelo pagó bastante, lo que le implicó varios días de trabajo. Le dieron una tela supuestamente traída de tierras lejanas, era parecida a la usada en las ruanas, así que él le dio esa forma. Según me cuentan, no sucedió nada, hasta seis meses después, cuando ganó un chance luego de diecinueve intentos fallidos. Adquirió una buena cantidad, compró un terreno y construyó una casa, en ella ha vivido toda la familia durante décadas. Volviendo a mí, pienso que lo de esa lotería, las dos rifas que ganó mi bisabuelo y el otro chance de menor cantidad que atinó mi abuelo, han sido puros golpes de suerte, nada relacionados con la ruana. No creo en ese agüero tan

tonto y la verdad me avergonzaría usarla para ir a la escuela, en la zona los jóvenes no utilizan ruanas, es cosa de mayores. En una semana piensan regalarme y hacerme usar lo «más valioso de la familia», la ruana. Cuando le conté a mamá mi inconformidad, me prohibió negarme, el no continuar con la tradición «acabaría con nuestra prosperidad». Para evitar el regalo, una noche puse cientos de termitas en la cama del abuelo, días después la ruana se dañó por completo. Todos entraron en caos, pensaron que era el fin del legado familiar, la tristeza los invadió, principalmente al abuelo, para el cual la prenda tenía mucho valor. La familia estaba llena de melancolía, causarles ese daño emocional me hizo sentir culpable, al paso de unas semanas decidí confesarlo todo, mi abuelo, mi mamá, mis tías, sus esposos, mis primos y hermanas se enojaron mucho conmigo, pero prometí enmendar el mal. En medio de tanto alboroto nadie había notado que a nosotros no llegó una maldición o algo similar, al reflexionar entendimos que el progreso de nuestra finca se debía a la dedicación familiar, dejamos muchas supersticiones, dándonos cuenta de que lo más valioso en la casa éramos cada miembro de la familia. Y por supuesto, yo aprendí a no usar medios tan bajos para imponer lo que quiero.

Karen Dahiana González Isaza, 16 años.
Abejorral, Oriente

N.º 1446

Título: Armonías carmelitanas

Esta es la historia de un viejo piano de cuerda, solitario y triste porque nadie lo puede tocar, exhibido en un pasillo donde todos lo miran, pero luego leen el letrero que dice: «No tocar el piano». En un lugar donde hay tantos músicos, pero tan pocos pianistas, provoca una inmensa tristeza tal desperdicio. Yo estaba observando cuidadosamente una fotografía que había colgada en la pared al lado del piano, había varias personas con instrumentos y entre ellos un piano: «Esa fue mi mejor época —dijo una voz de inconcreta proveniencia. Volteé para ver quién era, pero no vi a nadie—. ¡No estás tan concentrada en nosotros, los pianos! ¿Quién más crees que te está hablando?». Era el piano de cuerda. Asustada lo miré y él me dijo: «Tranquila, disculpa que te haya asustado, hace ya tanto tiempo que no hablo con nadie que no pude contenerme, solo puedo aprovechar para conversar con otros instrumentos cuando estamos solos, porque podrían oírnos». Afortunadamente, esa cálida tarde a mediados de junio, no había nadie por los pasillos, no había comenzado el segundo semestre de clases en la casa de la cultura de El Carmen de Viboral y las pocas personas presentes estaban trabajando en sus oficinas, así que pude escuchar al piano de cuerda con tranquilidad: «Yo te contaré mi historia, fui fabricado a finales de la década de 1930 y comprado para el colegio de monjas que estaba aquí antes, he sido utilizado para clases para estudiantes avanzados, para ensayos en ensambles de música y también para presentaciones

solistas, al principio siempre estaba en buen estado, me hacían mantenimientos y todo era perfecto, no había gran cantidad de pianistas, pero me conformaba con los que había, pues me tocaban muy a menudo. Después, recuerdo muy bien que fue en 1945, cuando me trasladaron a la iglesia del parque central de El Carmen, porque fue en este mismo año cuando el mismo Jorge Eliécer Gaitán fundó la Escuela Nacional de Cerámica, que hoy en día es una institución educativa industrial que lleva su nombre, ¡pero tú ya te debes saber esa historia!», exclamó el piano. «Demasiado bien», afirmé entre risas. Y continuó dando su relato: «Mientras estuve en la iglesia solo tocaban música celestial, la mayoría era clásica, y era fantástico, allí estuve unos cuarenta años y luego me vendieron a un grupo de músicos contemporáneos, casi siempre estaban ensayando o en presentaciones y yo estaba con ellos, curiosamente no les importaba ni mi peso ni mi tamaño y tenían su propio camión para llevarme a cualquier lugar, fue una época maravillosa, pero lamentablemente el grupo se deshizo, y yo terminé en el lugar donde había empezado, pero ya estaba muy cambiado, el colegio de monjas ya no existía, en lugar de eso estaba este instituto de cultura. Los primeros años fui muy utilizado, pero al llegar los pianos digitales que no necesitaban mantenimientos, me dejaron aquí, exhibido como un inservible trofeo, admirado por todos, pero útil para nadie», concluyó el piano.

Sara Vargas Martínez, 14 años.

El Carmen de Viboral, Oriente

N.º 1849

Título: La maleta

Cuenta mi abuelo que por el año 1933 el mágico tren pasaba por La Pintada; qué fascinante, poético, sutil y a la vez que fuerte. Lo imagino como un guerrero rasgando la montaña, azotando el río Cauca y quebrando la planicie del Cartama. En la región todo tenía que ver con el tren, la economía y el comercio. Ahhh, pero sobre todo el romance y la aventura. No sé, pero cuenta mi abuelo que el tren trajo a don Cayetano, vino desde Cartago, de tendencia oscura y sombrero aguado, pantalón entubado gris y elegante porte; trajo con él una caseta de plaza que inauguró un domingo de San Isidro en el parque de Támesis, trajo telas, corpiños y sombreros para los caballeros. Don Cayetano era hablador por profesión, vendía unguento para el desamor, alcohol con ramas para el dolor. Nadie sabía qué más sacaría de la maleta que lo acompañaba, una de cuero grande y cuadrada de color blanco con rayas rojas, él decía que ahí tenía amarrado al demonio. «Y yo le creí», dijo mi abuelo. Don Cayetano le echó el ojo a Blanquita, la niña del Carnicero, rozagante y colorada, «muy pinchada», decía mi abuelo, de muy buena familia, la cuidaban como a un lucero. Ya decía el carnicero: «Blanquita se casará con Raulito, el hijo del alcalde». Pero un día no amaneció, «se llevó el vestido de encaje nuevo», decía la mamá. Cayetano tampoco amaneció, lo vieron a él por La Pintada con una maleta.

Miguel Hurtado Correa, 14 años.

Támesis, Suroeste

Categoría adulto

Ilustración:
Juan Felipe Ramírez Giraldo

JAGUAR



Primer puesto

N.º 1488

Título: El pintor de vereda

Esta mañana vinieron a mi casa dos periodistas. Me preguntaron por mi familia, por el tema que elijo en mis cuadros, por el premio recibido. Dije que tenía una cita para que se fueran pronto. Uno de ellos insistió en que mis pinturas de animales atrapaban el alma de la naturaleza. No supe qué decirle. Aunque sus preguntas me hicieron recordar mi escuelita en la vereda. Mi hermana y yo caminábamos una hora para encontrarnos con la profe. Éramos diecisiete niños. Durante el camino veíamos las huellas del tigre. La profe nos insistía en que fuéramos de la mano para que pareciéramos más grandes. Atravesábamos el puente, algunas veces nos quedábamos mirando las babillas. Las contábamos y les veíamos las crías. Una parecida a esas, me contaba mi hermana, fue la que se comió al tío Alfonso. La profe, los viernes, hacía galletas de limón que repartía mientras leía cuentos. Le gustaba llevar turbantes de colores en la cabeza. Uno de nosotros se quedaba vigilando por las ventanas. El salón de clase era un rancho en tierra con mapamundis, un estante de libros y una pizarra. Eran cuatro ventanas, con mosquiteros, que cerraban desde adentro. Una puerta principal. El techo en palma de tagua, sin entradas para evitar serpientes. Allí nos sentíamos en un refugio. Entonces

cuando el guardia anunciaba: «ya viene», corríamos a cerrar las ventanas y nos juntábamos en el centro. El corazón nos palpitaba a mil. La profe tomaba un palo en su mano y nos pedía silencio con su dedo índice. «Está de ronda —decía—, en un rato se va». Y esperábamos. La tercera vez que vino a visitarnos, me asomé por una hendidija. Estaba debajo del ciruelo, tendido mientras se lamía las rosetas amarillas y anaranjadas. Bostezó, y pude verle los colmillos. Entonces miró hacia mi hendidija. Se me congeló todo el cuerpo. Pensé que iba a tirarse contra la escuelita, pero solo volvió a su baño y siguió acicalándose. La siguiente vez que el jaguar vino a tomar la sombra en el ciruelo, la profe me miró muy seria, pero no pude resistir y lo observé de nuevo: sus manchas parecían dibujitos de rostros, como si llevara muchos seres vivos adentro. Sus patas gruesas y elegantes. Él sabía que estábamos allí, que yo lo miraba. La profe me tomó de la mano. Volvió tres veces más, daba una ronda por la escuela, dejaba sus inmensas huellas por la tierra y se lamía debajo del ciruelo viejo. Yo comencé a dibujarlo desde entonces. Por esos días suspendimos las clases. No sé por qué cambiamos la ruta hacia nuestra casita. Mi hermana, mientras señalaba a un aullador, pisó entre la hojarasca la cola de una mapaná que, asustada, descargó los colmillos en su pierna. Alcanzamos a regresar a la escuelita donde la profe no pudo hacer nada con sus rezos y hierbas. He comenzado a pintar a mi profesora; los dos, de la mano, mirando al jaguar debajo del ciruelo con mi hermana a mis espaldas.

Óscar Darío Ruiz Henao, 54 años.

Apartadó, Urabá

N.º 84

Título: El Viejo

El Viejo, así le conocían todos en el barrio. Y llegó, como muchos de nosotros, desde pueblos lejanos y pobres, a colmar las laderas de la urbe. Su historia es sencilla, como la de cualquiera que la sociedad considera prescindible, pues ancló sus ilusiones en la ciudad; pero la misma ciudad le devoró, le sometió y le impuso su régimen de incertidumbre. Todos en el barrio nos percatamos de sus quimeras, relatadas entre ratos de compartir sobras de alimentos y dádivas amargas. Y aunque unos con recelo y otros con cariño, todos le aceptábamos como uno más de nuestro particular entorno. El Viejo quiso ser poeta, pero sus palabras se encogían demasiado como para poder abarcar el sentido de la felicidad, el amor o la muerte. Quiso ser soldado, pero su abatido coraje no le admitía enfrentar a su prójimo en el estrépito de un combate. Quiso ser político, pero su corazón, colmado de nobleza y ternura, no soñaba con el engaño del poder sobre las multitudes. Quiso ser sacerdote, pero su alma era demasiado incólume para atormentar a otros con penas y sacrificios. Entonces decidió ser paria. Buscó el gozo en las cosas simples, excluido de las confabulaciones del mundo, y no obstante dichoso de apreciar con ojos nuevos aquello que antes veía con desdén o ambición. Todas sus segu-

ridades se perdieron, pues ya nada poseía, y, por tanto, ya nada temía. A pesar de sus carencias, la existencia misma como un espejo fue reflejando en sus sienes un hálito de vida diferente, nuevo, consolador, incluso beatífico. Se acostumbró al sofoco asfixiante del día y al frío inclemente de la noche. Y fue una de esas noches que le encontraron inmóvil, contraído sobre sus extremidades, con los ojos fijos en el vacío y con una expresión indefinible en el rostro. Solo llevaba un papel aferrado a una de sus manos con la inscripción: «La gente y el barrio son el amor mismo y allí la felicidad es la ausencia de todo lo que nos encadena al temor». Intuimos que el Viejo había sido feliz.

Carlos Julio Roldán Zapata, 48 años.

Santa Rosa de Osos, Norte

N.º 389

Título: Otra mala noche

Ayer llovió muy fuerte, las gotas que chocaban en el techo parecían balas, yo pensé que se iba a caer, pero no, solo fue otra mala noche. No sé cuántos años han pasado desde que vivo encerrada en mi cuarto, no salgo ni a comer, mamá me pasa un plato de comida todos los días por debajo de la puerta, ella también perdió la esperanza de hacerme salir de aquí. Uno, dos, tres, cuatro y dos hacía abajo, justo aquí hay un adobe suelto que quito cuando el sol está en la parte de arriba, este pequeño hueco es el único contacto con el exterior. Frente a mi cuarto hay un árbol gigantesco, solo uno, yo creo que si algún día saliera, viviría bajo ese árbol. Somos catorce familias las que vivimos en esta vereda, eso fue después de la guerra, antes esto estaba lleno de gente, los que se quedaron lo hicieron porque no tenían más a donde ir y, desafortunadamente, la tierra no es algo que podamos empacar en un bolso e irnos con ella. Es por la guerra que sé lo que es el sonido de una bala, y es por eso que le tengo tanto miedo a la noche. Siempre era de noche cuando ellos llegaban a las casas y sin tocar se entraban con toda su mugre y su odio, se escuchaban balas y gritos, muchos gritos, hasta los perros gritaban. Eran noches terribles, en una de esas entraron a mi casa, yo jugaba en el cuarto con mis juguetes de

tierra y cuando empezaron los gritos me metí al armario, no hice nada de bulla y hasta ahí me acuerdo. No sé qué pasó esa noche, solo que no volví a ver a mi papá ni a mis hermanos.

Mi mamá apenas despierta pone la emisora del pueblo, yo la escucho porque entre tanto hueco es imposible no escuchar, hay una locutora que habla costeño, y muchas veces habla del mar ¡Qué dicha la de los ricos que pueden estar un día en Bogotá y al otro en Cartagena! Me gustaría algún día conocer el mar. Ojalá entre tanta lluvia esta vereda se inunde, así el agua entraría en mi cuarto y yo podría nadar. Ya está anocheciendo, mejor vuelvo a poner el adobe en su lugar, ya empezará otra mala noche.

Kathe Soto Villegas, 23 años.
Cocorná, Oriente

N.º 595

Título: Una sonrisa recompuesta

Cuando Gregorio llegó al comedor de la finca bananera La Popala, con una sonrisa de pocos dientes, diciendo que le iban a llegar varios millones de una ayuda del Gobierno, se armó un gran alboroto. Todos empezaron a darle consejos sobre qué hacer con el dinero. «Presta esa plata al 20 por ciento», «métele esa platica a la casa», «peguémonos una parranda de varios días», «sácate unas vacaciones y te vas pa Cartagena», «cómprate varias motos y las pones a mototaxiar y que te liquiden cada día», «cómprate mejor un carrito de salchipapas y lo surtes bien y pones a alguien a que lo administre», «métele esa plata a los dientes, mándate a hacer una buena sonrisa». Ya Gregorio iba en el bus de regreso a casa y en sus pensamientos estaba cada uno de los consejos que le habían dado sus compañeros. Repasaba cada uno mentalmente midiendo sus pros y sus contras. Prestar plata al veinte, pensaba, terminaba por convertirlo en un ser indeseable por oportunista y por aprovecharse de la necesidad de los otros. Meterle plata a la casa era una mejor opción, aunque la gente de la cuadra era muy envidiosa y tal vez empezaran a decir que en algo raro andaba él y le montarían la perseguidora. Una parranda de varios días sonaba tentadora, pero recordaba el guayabo moral de las pocas veces que tomó de más y había descompletado la plata del mercado. Unas vacaciones en Cartagena lo distraerían un poco de la monotonía, pero viviendo en Apartadó no tenía el mar muy lejos, por lo que el viaje se convertía en innecesario. La idea de

comprar las motos y ponerlas a mototaxiar sonaba muy lucrativa, pero recordaba que los mototaxistas se suelen beber cada peso que les cae y dejan caer poco a poco las motos. El carrito de salchipapas sonaba también lucrativo, pero de seguro toda su familia iba a querer comer de gratis y terminaría quebrando y tratando de vender el carrito después por cualquier peso. Meterle plata a una buena dentadura sonaba bastante bien, por lo menos lo ayudaría a lucir un poco más joven. Sí, en definitiva esa era la mejor idea. Se pagaría una bonita dentadura con sus millones. Recompondría su sonrisa. Al bajar del bus, y antes de ir a su casa, se dirigió a un lugar de apuestas donde también se realizaban consignaciones. Allí consignó al número de cuenta que le había llegado en un mensaje de texto al celular. Doscientos mil pesos para tramitar la llegada de esa ayuda de varios millones del Gobierno. Se imaginó cómo sería su nueva sonrisa; su blancura. Luego pensó en una pregunta incómoda: ¿Por qué el Gobierno cobraba para entregar ayudas? En ese momento, un mensaje de texto llegó a un celular en la celda catorce del pabellón dos del Centro Penitenciario de Apartadó, anunciando la consignación recibida por valor de doscientos mil pesos. La única sonrisa que se pudo recomponer ese día fue la del preso de esa celda.

Diego Alberto Preciado Uribe, 30 años.

Apartadó, Urabá

N.º 723

Título: La Bufona de Cáceres

¡Qué subida más dura! Nunca creí que en el Bajo Cauca existieran sitios tan altos. El frío empieza a sentirse y el rugir de las máquinas se oye. Después de una subida agotadora, llegar a la mina de veta Bufona es muy placentero por la brisa fresca y el paisaje selvático e imponente, desde donde se observan las planicies heridas de Cáceres y Caucasia. Alfonso Zapata lleva diecisiete años arañándole a la tierra profunda el anhelado oro, le ha tocado luchar contra climas perversos, vías infranqueables, abejas africanas, fieras salvajes, guerrilla, paracos de cuatro bandos, policía y ejército. Todos desean su oro que él cree que le pertenece, y que para encontrarlo ha arrasado con más de doscientas hectáreas de bosque aserrando árboles milenarios para sostener los túneles de sus profundas excavaciones; hiere de muerte los nacimientos, ríos y cañadas con el mercurio que utiliza para «cazar» el oro entre las piedras y el lodo de su molienda interminable. Dicen que una gota de mercurio contamina cinco mil litros de agua... Hoy, bajará 43 metros ayudado por escaleras verticales de madera y del «búfalo», motor que lleva por tubería el aire del exterior para respirar mejor. Alfonso desciende con dificultad por su abultado abdomen, al llegar al piso del túnel siente el agua en los tobillos y el ambiente pesado, se desplaza asombrado al ver que el túnel se llena de agua por una grieta insospechada. Observa en las paredes del túnel y ríe al ver la veta con galena, mineral inseparable del oro como augurio de buena suerte. El techo es sostenido por gruesos blo-

ques de madera que un día fueron gigantes vivos donde nacieron miles de pichones y hoy sostienen la imparable ambición de Alfonso. Un aguacero arrecia sobre la selva húmeda de Cáceres. Alfonso sigue adelante hasta encontrar el final del túnel donde está Machín, su trabajador inseparable, un indio de piel rojiza curtida por el sol y el agua. El indio cava y llena de tierra de mina un canasto que luego monta a su fuerte espalda para sacar al exterior, moler y batir para mezclar con el mercurio y formar la amalgama de la alegría. Alfonso busca afanado con su linterna la grieta que inunda el túnel de agua que ya siente en sus rodillas, la veta brilla igual que sus ojos con la luz de la linterna, siente el rumor del agua que aumenta cada segundo y ve angustiado cómo la brecha se ensancha y el caudal de agua se acrecienta llegando hasta su pecho. Machín, asegurado, le grita desde la parte alta de la escalera: «¡Don Alfonso, salga que se inundó la mina!»». Alfonso se da vuelta en busca de la escalera y la excavación empieza a derrumbarse, hunde su pesado cuerpo en el agua para nadar hasta la escalera, sale a flote respirando desesperado y al instante un palo grueso de sapán le acierta en la cabeza como presagio de venganza, este se desvanece abatido, abrazado por el agua roja y marchita.

Bernardo Calle Bohórquez, 57 años.
Caucasia, Bajo Cauca

N.º 793

Título: Añoranzas

Aurora se levanta a las cuatro en punto de la mañana a hacerle café a su viejo, igual que lo hace desde hace cuarenta años para que el viejo se vaya a la mina a trabajar, aunque hace mucho que el viejo no sale de la casa; su cuerpo cansado y mallugado por los trotes de la vida y las cabalgatas locas de la juventud ya no leva anclas ni espolea sus ánimos para trajinar. Se sienta en un taburete viejo y rechinante a ver pasar las horas empujando las nubes y arreando cual ganado a las ganas de vivir, mientras, sorbo a sorbo, se toma un descanso por los recovecos de sus añoranzas; recuerda el día en que sus sueños se arrastraron por la acera y en unos ojos brillosos se esfumaron las quimeras. Era un viernes tarde-noche. Ya había hecho las compras y los encargos que Aurora le había encomendado, la mula estaba cargada, su hijo Joaquín la sostenía del cabestro y él entró a la tienda a pagar las dos cervezas que se había tomado. Pidió la cuenta, pero una canción de Los Relicarios que sonaba en la vetusta rocola no dejó que el Tuerto Gonzalo escuchara. «La cuenta, Gonza», le gritó nuevamente el viejo. El Tuerto se agachó, destapó una cerveza, estiró la mano y con su desdentada sonrisa le dijo: «Ahí está su cerveza». El viejo no quería llegar tarde al rancho, así que de un sorbo se tomó la cerveza y puso sobre la mesa el billete de quinientos pesos. Con mala cara, Gonzalo retiró el billete y puso con un golpe las devueltas en la mesa. En ese mismo instante sonaron los primeros disparos; la mula corcoveó y Joaquín la sostuvo fuertemente, el viejo sa-

lió corriendo de la cantina y juntos, padre e hijo comenzaron a correr por el medio del parque. Los disparos se mezclaban agonizantes con los gritos desesperados de la gente. Todos corrían hacia algún lado y nadie sabía hacia dónde correr. Se oían súplicas de hombres y luego otra vez los disparos que solo los callaban los chillidos de las víctimas al caer. Joaquín haló la mula hasta un árbol del parque para guarecerse allí, el viejo se acurrucó a su lado y le susurró al oído: «Esperemos aquí». Cesaron los gritos de las armas, los gemidos se adueñaron de la noche, las carreras furtivas y agazapadas daban el ritmo a la muerte mientras una bruma con olor a sangre arropaba el pueblo como queriendo dormitar. «Vamos, mijo», dijo el viejo en tono grave y Joaquín miró a su padre con sus ojos brillando como la luna, su mano aferrada a la rienda de la mula y su joven corazón tratando de aferrarse inútilmente a la vida. Con una mueca vacía cerró los ojos mientras decía: «Vamos, pa». Una lágrima cae en el café y el trago amargo vuelve a ser tomado, los ojos del viejo se pierden a lo lejos con un suspiro.

Farid Jair Buitrago Bohórquez, 38 años.
Segovia, Nordeste

N.º 935

Título: El llanto del arriero

Tengo pa contarles que existe un paraíso escondido en lo más profundo de las montañas del Oriente antioqueño. Entre canelones empalizados y caminos de herradura, selvas espesas y aguas cristalinas se abre la magia de Río Verde de los Montes, una tierra de arrieros de la cual provengo. Allí, solo el paso fuerte y firme de la mula o el macho nos permite soñar con mejores oportunidades. Y no hago referencia al caballo porque simplemente estas tierras son esquivas a esa especie, solo una mula o un macho rioverdeño sobreviven a las arduas jornadas y exigencias que nos deparan la distancia y las empinadas cuestas que también, para fortuna nuestra, nos mantienen al margen de tanta descomposición camuflada de progreso. Dicen que los arrieros no lloramos, pero tengo que confesarles que además de los tantos llantos que me arrancó la guerra, hubo un hecho que desató mis lágrimas y que solo el monte presenció. Como rioverdeño, siempre soñé con un animal de carga que me permitiera a mí y a los míos mejorar nuestra calidad de vida, comercializar nuestros productos del campo en el casco urbano, traer mercados y enseres hacia el hogar, llegar más rápido al médico, en fin. Pero conseguir una buena mula o un buen macho no es tarea fácil, se requiere dinero y suerte para dar con el ejemplar indicado. Sin embargo, como familia fuimos premiados con uno de ellos. Después de muchísimo sacrificio y de guardar algunos ahorros durante varias cosechas de café, logré reunir el dinero para comprarme el tan anhelado

«animalito». Fue así como adquirí a Moncho, siendo solo un muleto. Hubiese querido un macho joven, aunque ya adehesado, entrenado para la silla y la carga, pero el dinero no me alcanzaba para tal aspiración. Yo mismo, con cariño y dedicación, lo fui entrenando, y al cabo de un par de años Moncho se convirtió en el vehículo por excelencia, no solo de nuestra familia, sino de toda la vereda. En él llevamos a doña Josefina muchas veces gravemente enferma hasta el hospital, a Emilio después de ser mordido por una culebra, sacamos varias cosechas de café, cacao y panela, y hasta trajimos buena parte del material que usamos para construir la primera escuela en estas montañas. Cierta tarde, después de una extenuante jornada, veníamos de regreso al hogar y justo en el punto que conocemos como el salto del Burro, Moncho se resbaló en una piedra lamosa y rodó cuesta abajo con carga y todo. Bajé como pude a socorrerlo, desamarré la carga para que respirara. Traté de ayudarlo a pararse, pero el golpe fue tan fuerte que mis intentos no dieron resultado. Su mirada triste y la mía se cruzaron. Quise agradecerle tantos esfuerzos, tantas compañías, tantas alegrías y oportunidades que trajo a mi hogar, pero un nudo en la garganta me impidió hablarle. Poco a poco sus ojos se cerraron para siempre, y allí, en la soledad, solo el monte, me vio llorar de tristeza por su partida.

Juan David Delgado Vélez, 41 años.
San Francisco, Oriente

N.º 988

Título: Tres trapitos

Papá madruga todos los días al trabajo y siempre me despierta con su silbar interpretando La cuchilla de afeitar. Mamá no se queda atrás, pues, mientras prende el fogón, vocaliza la canción de «los trapitos», aquella que dice: «Tres trapitos no más te puedo dar, porque soy muy pobrecito, pobrecito». Hoy espero a papá, estoy sentado a la entrada de mi casa, por fin veo su figura con el azadón a la espalda. ¡Claro que es papá! Atizo mi oído para escuchar la canción que entonaría ahora con su silbido. Pero hay un silencio. Lo saludo, me agita la cabeza y la baja como si llevara un pecado y una tristeza en el alma. Seguí mi camino detrás suyo para entrar a casa, pero... Ahora era mamá quien miró a papá y, sin mediar palabra, también su rostro calló, es como si la telepatía existiera y supieran qué pasaba sin necesidad de contárselos de palabra. Toda la tarde reinó el misterio, se nubló el cielo y empezó a llover como nunca en años. Me senté al lado de la estufa de leña mientras tomaba aguapanela. Sonreí, pero sus miradas estaban perdidas en el horizonte, luego lágrimas recorrían sus rostros cual nacimientos de dolor. Decían: «¡Sabíamos que este día llegaría! Esperemos con resignación». Al llegar la medianoche, entredormido, escuché que tocaban la puerta, mamá salió con papá; yo miraba por entre las hendidias de mi ventana, de paso escuchaba lo que conversaban entre ellos. Pero no eran gentiles. Se sintió feo. Esos sí eran malos de verdad. («Tienen hasta mañana para largarse, de lo contrario los enterramos acá en el patio de su

casa»). Luego mamá entró y se echó a llorar, ya no le importaba que estuviera cerca para declarar su dolor; papá, fumando un cigarrillo, siguió con su mirada perdida y ahogado en su propio quebranto. Secaron sus lágrimas, caminaron hacia la troja, cogieron costales y dijeron a empacar ropita. Madrugados, con la oscuridad aún, agarramos el sendero a pie hasta la carrera principal, allí me esperaba alguien para llevarme a su casa. Papá y mamá me alcanzarían al rato, ya que debían volver por el Tobi y las gallinitas. Se despidieron de mí con un beso en la frente y un «te amo». Cogí camino hacia el lugar destinado; miraba atrás, veía cómo se perdía la figura de mis padres regresando a casa. Los esperé toda la noche, pero no llegaron, al día siguiente tampoco, semanas, meses, años. Nunca los volví a ver. Al pasar un tiempo, me armé de valentía y tomé la decisión de retornar a mi casita, con la esperanza de encontrarlos; recorrí los mismos senderos que cuando niño a medianoche tomé con mis padres. Al llegar había despojos, matorrales, lo único que quedaba era el recuerdo del silbido de papá resonando su bella canción y en la cocina el trapito de mamá, que con tan buena memoria me cantaba... «Tres trapitos no más te puedo dar, porque soy muy pobrecito, pobrecito».

Luis Fernando Arbeláez García, 26 años.

El Carmen de Viboral, Oriente

N.º 1127

Título: Las fuerzas sobrenaturales del mal

La emisora notifica que ha habido un terrible enfrentamiento en la vereda La Pica, de Pueblorrico. Se sospecha que hay varios insurgentes dados de baja. El locutor celebra la rápida reacción del batallón de infantería n.º 32 Pedro Justo Berrío. Estoy viendo Los Caballeros del Zodiaco en el televisor cuando la noticia me llena de perplejidad. Mamá me prepara papas fritas y salchichas en la cocina. Escucho el sonido del sartén, respiro el olor de mi cena. Mamá me mete un grito que me estremece. Me pide que apague el televisor, que me ponga a estudiar para el examen de religión. El locutor dice que se trataba de un grupo de insurgentes que se desplazaban por una montaña de la vereda La Pica. Describe a los soldados como héroes que se esfuerzan por brindarle seguridad a la gente humilde. Mamá llega de la cocina y me desconecta el televisor, también apaga la radio. Yo intento hacerla opinar sobre lo que escuchamos en la radio. Ella abre mi cuaderno de religión, me entrega una Biblia y me ordena hacer la tarea sobre la carta de Pablo de Tarso a los Efesios. Se aleja hacia la cocina y yo oigo su voz desdibujándose en la distancia. La boca me sabe a abismo. En la noche, llega papá con el rostro desastrado. Se sienta en la sala. Yo le informo lo del enfrentamiento. Él nos dice que todo es una mentira. No hubo tal enfrentamiento, no hubo un grupo guerrillero. El ejército atacó a un grupo de cuarenta y ocho niños de mi escuela y cuatro adultos que participaban en un paseo hacia el río Mulaticos. Mientras atravesaban el cerro Nochebuena,

los soldados dispararon y asesinaron a seis de los menores e hirieron a otros cuatro. Mamá se tapa el rostro con las manos para llorar. Yo busco en dónde sentarme porque las piernas me tiemblan. A pesar de que les rogué toda la semana, mis padres no me dejaron ir a ese paseo como castigo por las bajas notas que tenía en religión y en matemáticas. Pienso en Matías, mi mejor amigo y rezo para que esté bien. Al día siguiente me confirman lo que no quiero oír: Matías es una de las víctimas de la tragedia. Me siento como si estuviera cayendo en un precipicio sin fondo. Él era como yo: fanático de Los Caballeros del Zodiaco, su comida favorita eran las papas a la francesa y también quería disfrazarse de Shaka de Virgo el 31 de octubre. Semanas después, en el examen de religión, la profesora me pregunta qué he aprendido de la carta de Pablo de Tarso a los Efesios. Yo pienso en Matías y cito un versículo que se me ha quedado grabado en la memoria: «Nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso, sino contra principados, autoridades y poderes que dominan el mundo de tinieblas. Nos enfrentamos contra los espíritus y las fuerzas sobrenaturales del mal», Pablo de Tarso (Efesios: 6,12).

Joana Marcela Arboleda García, 32 años.
Puerto Berrío, Magdalena Medio

N.º 1272

Título: Bulla

Primero te lanzan una mirada tímida y furtiva desde la distancia acompañada de un movimiento rítmico y amistoso de su cola, cuando respondes de forma positiva, ya sea con palabras extrañas en una voz dulce, el agitar la mano a modo de invitación o simplemente con un trozo de comida, esa carita dulce sortea con facilidad los pocos metros de distancia que te apartan de él. Es casi imposible no encontrarte con estos amigos peludos cuando estás en los caminos de los cañones, haces paseos de olla al río o un viaje de camping. ¿Cuántos nombres distintos pesan sobre sus hombros? Quizás Rocko, Lucas, Luna o Conga, cada nombre corresponde a un caminante distinto que ha compartido viajes y comida con este morador canino de la montaña. Yo siempre les nombro Bulla, en honor al primer perro caminante que me acompañó en una excursión de montañismo, era extremadamente protector y cada que alguien o algo extraño se nos cruzaba en el camino ladraba sin miseria, por esto mismo le di su apodo. Para mi defensa, y con el deseo de que ninguno de los que me lee piense que soy cruel al hacer que los perros me sigan a través de los bosques espesos de Antioquia, debo decir que nunca los invito, pero a pesar de que hago lo imposible para evitar que me sigan, ellos juntan su rumbo al mío (o tal vez, ese siempre fue su rumbo), me muestran el camino, e incluso me cuidan. El primer Bulla que me acompañó estuvo junto a mí dos días y al regresar se quedó en el mismo punto donde nos habíamos encontrado antes. Esta

es una dinámica bien conocida por los perros de montaña, es como una especie de pacto histórico pasado de generación en generación desde que llegaron los primeros perros colonizadores de los valles, cañones y bosques de las montañas antioqueñas. Te dan sus servicios de compañero experimentado a cambio de comida y cariño, nada más y nada menos. Muchos de ellos saben reconocer cuándo es hora de marchar, ya sea porque sobrepasas el área que corresponde a su territorio, porque es hora de regresar a su hogar o simplemente porque no se ha cumplido a cabalidad el contrato silencioso firmado desde el primer momento en que hiciste aquel gesto de amabilidad. Sin embargo, siempre hay ocasiones en las que duele decir adiós, por ejemplo, cuando ves en su rostro o en su cuerpo delgado la marca del hambre prolongada o las miradas de auxilio para que cuides las heridas generadas por el trajín del día a día, ese es el momento en el que yo me derrito por dentro y es cuando Bulla toma otro nombre, otra identidad y otro hogar distinto al monte.

Jessica Andrea Ramírez Ramírez, 24 años.
Rionegro, Oriente

N.º 1419

Título: El Chueco

Los dos campesinos, calzando botas pantaneras y con sus machetes «tres rayas» enfundados colgando del cinto, habitantes de la vereda Comunidad, en el municipio de Ebéjico, al occidente del departamento, degustan sendas tazas de café, preparándose para iniciar la ardua tarea de labriegos que les espera ese día de un lluvioso noviembre.

—Hombre, Carlos, definitivamente ese hijueputica sí era una plaga. Tan patituerto, como atarván. Eso de que no hay muerto malo sí no va con ese muchacho. Es que además de abigeo, ¡cómo se le ocurre hacerle eso a su compañerita de colegio, con sus doce añitos, en la flor de la vida! Ojalá que hubiera alcanzado a arrepentirse y que Dios lo haya acogido en su reino. Encontraron su cuerpo, por la presencia de los gallinazos, en una profunda zanja tupida de matorrales. Su muerte debió ser espantosa, pues presentaba signos de tortura. Estaba tasajeado —dice Evencio, sentado en un grueso tronco de madera que sirve de asiento en el corredor de la humilde vivienda.

—Sí. ¡Qué horror! Pero cómo le parece, Evencio, que escuché en el pueblo —dijo Carlos, después de tomarse un sorbo del caliente café, sentado en una banqueta contigua— que no hay certeza de que haya sido el Chueco el violador y asesino de la niña.

—¿No? ¿Cómo así que no fue el Chueco? ¿Y entonces?

—Después de que en el cafetal recogieron a la niña abusada y agredida —dijo Carlos—, la llevaron al hospital y como que

llegó con signos vitales y en unos segundos de conciencia que tuvo, como que alcanzó a pronunciar el nombre del criminal. Ya las autoridades están tras sus huellas.

La taza con café se desprendió de las manos de Evencio. Palideció y sus labios adquirieron una lividez cadavérica.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué ese semblante? —preguntó Carlos.

—No es nada, solo que últimamente el colesterol me está molestando —respondió Evencio.

Gildardo Valencia Alzate, 69 años.

Ebéjico, Occidente

N.º 1469

Título: El burro fantástico

Mañana es el último día para entregarle el cuento a la profe. Desde que nos dijo que haríamos un concurso de cuento en la escuela he estado pensando en una muy buena historia. Estoy en la cocina terminando de prender la leña del fogón para que la abuela haga la comida y después podré comenzar a escribir. El cielo está nublado, espero que no empiece a llover. Cuando llueva, todo en la vereda es más pesado: cortar la leña, cargar las mulas, hasta caminar se vuelve más difícil. Recojo mi cuaderno abierto y muerdo mi lápiz, ya sé cómo iniciar la historia. Hace días, cuando la profesora nos animó a participar del concurso, me dijo: «Eres de los niños más creativos de la escuela, sé que tu cuento será maravilloso». Yo no creo que sea así, de los tres niños de cuarto grado soy el que peor lee. Deimer lee despacio, pero se equivoca menos que yo. En cambio, Isabela lee incluso mejor que los de quinto, y su voz hace bonita cualquier historia. Yo soy el peor, entre gagueos y pausas apenas entiendo lo que leo. «Es falta de práctica», me dijo un día la profe y me prestó un libro para leer en mi casa. No pude terminar de leerlo, lo devolví a la semana siguiente después de encontrar a mi abuela en la madrugada arrancándole una hoja para prender el fogón. Le dije a la profesora Adriana que no tuve tiempo. Además, mi papá nunca ha necesitado leer bien y yo, en mi tiempo libre, debo ayudar a la abuela y a mi hermana en la casa. El camino de la escuela a mi casa no es muy largo, pero cuando mi hermana no me recoge con la mula, debo caminar casi una

hora. Me dolían los pies porque las botas me quedan pequeñas, mi abuela dice que estoy creciendo muy rápido, pronto podré trabajar. Me senté al lado de los cañaduzales bajo la sombra del Tabaidá y me puse a pensar que si tuviera un burro que pudiera volar me ahorraría todo el camino y tendría tiempo de imaginar una historia tan buena como para ganar el concurso y tal vez un abrazo de Isabela. El sábado, cuando acompañé a mi primo a la máquina a moler la caña del corte, pensé, mientras arrumaba el bagazo, en que el mismo burro podría tener tanta fuerza que arrastraría todos los bagazos en un solo viaje y me ahorraría muchísimo esfuerzo. Así se me ocurrió la gran aventura de El burro fantástico. Me preparo para escribir. Algunas gotas caen sobre el techo de la cocina, recuerdo cuando era pequeño y mi mamá me leía, mis ojos se ponen llorosos. Sé que esta historia ganará el concurso, aprieto mi lápiz sobre el papel y escucho un grito: «¡Santiago!». Es mi hermana que viene cargada con la leña para mañana, en medio de un aguacero que la persigue. Suelto el lápiz y arrojé el cuaderno, debo correr a ayudarla.

Rafael Andrés Mejía Echeverri, 32 años.

Yolombó, Nordeste

N.º 1565

Título: Mis muertos

¿Qué cuántos muertos llevo encima? Nunca he hecho la cuenta, pero sé que fueron miles. Yo nací hace muchísimos años en lo que hoy es el departamento del Huila. Vi construir este país que llamamos Colombia sobre los cadáveres de los aborígenes y sobre las ruinas de sus pueblos. Pero hoy quiero contarles una historia muy triste. Es la de los miles de muertos que he tenido que cargar a mi paso por estas tierras. Mis recuerdos se pierden en la memoria de la eternidad y, para ser justo, debería mencionarlos a todos. Pero voy a concentrarme en los que más me han dolido. Son los muertos de una de las muchas violencias de nuestra historia y que recogí a mi paso por los municipios antioqueños de Puerto Triunfo, Puerto Berrío y Puerto Boyacá. A muchos los recibí en pedazos: una mano, la cabeza, el tronco o cualquier otra parte del cuerpo; a otros los acogí enteros, asesinados con un tiro de gracia en la frente o fumigados a balazos de pies a cabeza como para cerciorarse de que jamás fueran a levantarse. Muchos eran campesinos acusados por la guerrilla de ser auxiliares de los paramilitares o viceversa; es decir, acusados por los paramilitares de ser auxiliares de la guerrilla. Su único pecado era estar en medio de la guerra; de una guerra que no era de ellos. Me impresionaba siempre pensar que eran padres de familia que dejaban a sus hijos desamparados. A unos pocos afortunados, si es que se pueden llamar así, los rescataban y los devolvían a sus familiares para que les dieran cristiana sepultura y pudieran cerrar su duelo. Pero la

mayoría eran reportados como desaparecidos, que era precisamente el objetivo de quienes los mataron. Querían que nadie los encontrara, que yo fuera el testigo mudo de su atrocidad. Y en mi transcurrir eterno hacia el mar, los gallinazos y otros depredadores se encargarían de borrar cualquier huella visible de su paso por este mundo. En mi viaje infinito desde la laguna de cuyo nombre obtuve el mío hasta Bocas de Ceniza se disuelve la culpa de quienes cometieron estos crímenes atroces que han marcado para siempre la memoria de Colombia. Antes me llamaban el río Grande de la Magdalena. Hoy recorro once departamentos del país y cargo los deshechos de dos de cada tres colombianos hasta Bocas de Ceniza, donde el mar Caribe me recibe con los brazos abiertos. Tomás Carrasquilla me llamaba el camino al mundo. Hoy, seguramente diría que también soy el camino al inframundo. Pero no todo es malo. Cómo terminar sin decir que soy el sustento de treinta y dos millones de compatriotas que viven, entre otras actividades, de la pesca, la agricultura, la ganadería y del transporte por mis aguas. Ahora me llaman simplemente el Magdalena. Me queda el consuelo de que no solo sirvo para cargar a los muertos, sino para sostener a los vivos.

Álvaro Trujillo Londoño, 69 años.
Rionegro, Oriente

N.º 1831

Título: Daniela

Lees ese comunicado. Te sientas. Una noticia así no se recibe todos los días. Lees y relees las letras impresas en el papel. Crees que puede ser un error, hay más Danielas en el pueblo. No hay más Danielas de la Rosa, eres tú, nadie más. Relees. «Llegó la hora de la limpieza social en todo el Urabá Ya los tenemos identificados. Les ha llegado la hora a todos los viciosos, vagos, mariguaneros, jaladores de motos, alcahuetas, expendedores y consumidores de vicio y de todo lo que le haga daño a la sociedad». Primero ojeas la lista de quienes están en la mira. Después ojeas la lista de quienes deben irse en menos de cuarenta y ocho horas. Relees tu nombre encabezando la segunda lista. «Daniela o Dañero o lo que sea de la Rosa». Te subes a tu moto, sin luces ni almohadones. Te diriges a tu casa de palos y techo de zinc. Te recuerdas construyéndola. De tu cara dura resbala una lágrima blanda. Buscas las migajas de marihuana. Enciendes una hoguera, las quemas con caléndula para que no huela. Para alimentar las llamas, buscas las cartas de amor que nunca les enviaste a las gringas a las que les dabas clase. Te preguntas si fuiste descuidada, si coqueteaste más de la cuenta en la playa, si enseñar a tocar bullerengue, con los crespos sueltos y las manos fuertes, es un oficio sensual, si fue por la marihua-

na o por las mujeres que ellos no logran conquistar. Quemas también la pintura a escala natural del beso entre sus labios pálidos y tus labios carnosos. Recuerdas que tienes que irte. Tienes que prepararte, empacas. Recoges las cenizas, las guardas en una caja de cigarrillos. Aquí ya no eres nadie.

Karla Ramírez Ruiz, 24 años.

La Ceja, Oriente

N.º 1995

Título: La cantadora

En el susurro del viento escucha la canción, ella la memoriza para la rueda de bullerengue. Darlina sale todos los días al atardecer y camina hasta la playa, le gusta estar sola y en calma, solo ahí puede escuchar lo que su madre le canta. Todos los miércoles se pone su traje de bullerengue y camina a la casa de nuestras culturas que lleva el nombre de su madre Eloísa Garcés, quien revivió el bullerengue en Necoclí. Cuando las palmeras de Urabá se juntan a bullerenguiar, Necoclí cae en un encanto, todo el pueblo empieza a bailar, sus cuerpos se llenan de música y la voz de Darlina se escucha en todo el golfo de Urabá relatando las tristezas al ritmo del sentao, las cotidianidades y las alegrías en chalupa, finalizando con un fandango de lengua que los pone a bailar saltaíto. Un día, Darlina preocupada por las deudas empieza a trabajar más de lo acostumbrado y se olvida del bullerengue, hasta deja de visitar la playa, lo único que le importa es ganar dinero y con el tiempo deja de cantar. Necoclí se sume en un profundo silencio, ya los parlantes no se prenden, sus habitantes se sienten tristes, cansados, el pueblo se cubre por un gran nubarrón que no deja ver el sol y el mar caribe se alborota. Poco a poco el pueblo pierde su ritmo hasta quedar sumido en un constante letargo. Por la mañana Darlina empieza a cantar, quiere entonar una alegre chalupa que la mueva y no puede, recuerda a su madre y camina a su lugar de encuentro, lenta y triste bajo el embrujo en el que ha caído su terruño, llega a la playa, pero no oye, no siente, no ve

a su madre. Asustada, regresa a casa con su mayor esfuerzo en contra de aquel aturdimiento y ve cómo Necoclí perdió sus colores. Al llegar le cuenta a Danielito, su compañero, lo que le ha pasado. Él la mira, la toma de la mano y salen, en el camino comienzan a invitar a sus amigos y amigas que les siguen por la calle del cementerio que se llena cual alborada en silencio rumbo a La Mariápolis. Al llegar, Danielito saca los instrumentos y los reparte; él, por supuesto, se queda con el guache. Darlina toma aire y comienza a cantarle a Necoclí, repitiendo lo que su madre le susurra al oído, cuando entra el llamador acompañado del tambor sale el sol; a las palmas y los coros se unen los aulladores de la montaña, las aves y los delfines empiezan a saltar en el golfo de Urabá. La bailadora sale con su cadencia, mirando al fondo de la mar saluda al tambor y comienza a girar con el bailador, con ellos todo Necoclí, sus habitantes humanos y animales, los bosques, las plantas, el viento y la tierra comienzan a moverse de nuevo al ritmo del bullerengue.

Sofía Escobar Isaza, 31 años.

Necoclí, Urabá

N.º 2112

Título: Los pasos

Un, dos, un, dos, las botas se hundían en el lodo. Un, dos, un, dos, otras ascendían por el borde del río. Un, dos, un dos, encima de la camilla improvisada la mujer con dolores de parto. Un dos, un dos, los morrales cargaban la infancia. Desde el corredor, Martín veía el gusano de fuego acercándose al case-río. Había despachado a los muchachos para el pueblo cuando Mary empezó a sentir los dolores. Le prometió a la Virgen ponerle Carmen a la niña, si era niña. Si era niño, se llamaría Jesús. La camilla traqueaba por el peso, las ollas se iban de lado a lado con los pasos, Mary se quejaba por los dolores, las botas volvían a hundirse. Un paso, dos pasos, veinte pasos hacia el Cañón. Un paso, dos pasos, ocho pasos hacia el pueblo. Se encuentran, se acercan, les preguntan, dudan de que los hijos nacen, como si ellos no hubieran nacido. Interrogan, esculcan, disparan, primero a uno, luego a todos. A todos, menos a Mary. Mary y la camilla partida, Mary y el lodo rojo, Mary y sus hermanos tendidos, pariendo a Jesús por resistencia, por santa obligación. Jesús no nacido en un pesebre, enfrentado desde el primer llanto a la guerra. Martín contempla la llegada. Se le roban las gallinas y el marrano. Se le llevan el hacha y el azadón. Le preguntan por los otros y él responde, dice la verdad, es un buen hombre. Tiene cinco hijos y ningún nieto, uno en camino. Le dicen que él es de los otros, que lo tienen fichado. Ensayan el machete con su carne, le prenden fuego a la casa. En el monte Jesús llora, y su llanto se confunde con las balas.

Julián Castro Arbeláez, 23 años.

El Carmen de Viboral, Oriente



Este libro se terminó de imprimir entre ríos, bosque, selva,
valles y montañas en marzo de 2022 en Multigráficas S. A. S
con un tiraje de 10.000 ejemplares.



¿Te gustaría conocer más sobre el
Concurso de Cuento Antioquia
Reimaginada y conocer las bases
para participar?

Ingresa a

www.cuentoantioquia.com



CONCURSO DE CUENTO

Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2021 •

ISBN: 978-958-5557-76-5



9 789585 1557765

